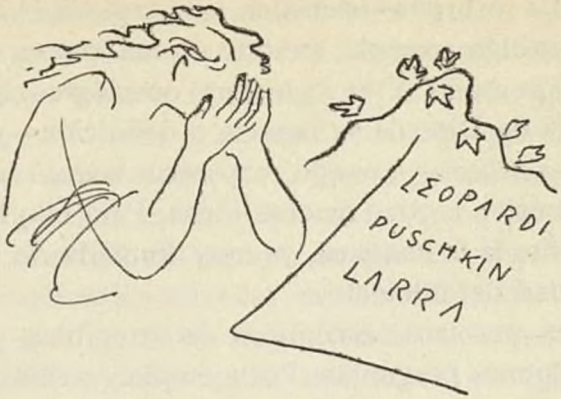

MISCELANEA APOCRIFA

PALABRAS DE JUAN DE MAIRENA

Nuestro escepticismo, amigos míos—habla Mairena a sus alumnos—, nos llevará siempre a dudar de todas las hipótesis metafísicas, y a dudar, no menos, de que estas hipótesis hayan sido definitivamente retiradas de la circulación. En verdad, ellas reposan sobre creencias últimas, que tienen raíces muy hondas. Si en el estadio de la lógica nos aparecen como contradictorias, envueltas en proposiciones que se excluyen, esto no quiere decir que en la esfera de nuestra creencia no puedan coexistir o alternar. Tampoco ha de entenderse que nuestras creencias sean, en general, más verdaderas que nuestras razones, sino que son más persistentes, más tenaces, más duraderas y que son ellas también—las creencias y por ende las hipótesis metafísicas—más fecundas en razones que las razones en creencias.

Algún día resurgirá—decía mi maestro—la fe idealista, la creencia, hoy algo apagada, aunque no muerta, en el verdadero ser de lo pensado. Y el argumento ontológico, que deduce la existencia de Dios de su esencia o definición—el *esse in re* del *esse in intellectu*—, puede reaparecer *mutatis mutandis* y hacerse extensivo a otras muchas ideas. Para ello bastará con que se debilite la fe kantiana, ya muy limitada de suyo, en la no intuitividad del intelecto.

Entonces nosotros, escépticos incorregibles, tendremos que hacer algunas preguntas. Por ejemplo: ¿creéis en la muerte, en la verdad de la muerte, por el hecho de pensarla, con más seguridad que aquellos para quienes *universalia sunt nomina*?

Creencia es muy tenaz en nuestra conciencia, hasta el punto de convertirse en un principio director de nuestro pensamiento, la creencia en la mismidad de lo absoluto. Que todo, a fin de cuentas, sea uno y lo mismo es creencia racional de honda raíz. La razón misma, se piensa, no podría ponerse en marcha si, en su camino de lo uno a lo otro, no creyera que lo otro no podía ser, al fin, eliminado. Y esto parece tan cierto como... lo contrario, a saber: que sin lo *otro,* lo esencial y perdurablemente *otro,* toda la actividad racional carecería de sentido. De modo que todo el trabajo de nuestra inteligencia va acompañado de dos creencias contradictorias: en la existencia y en la no existencia de lo otro. Yo no sé si los filósofos han meditado bastante sobre este tema. Algunos hondos atisbos, en esta cuestión esencialísima, encontramos en la filosofía romántica, desde Fichte a Hegel, pero en estos pensadores triunfa la primera de las dos creencias, como claramente

se ve en Schelling (sistema de la identidad) y en Hegel (concepto del espíritu absoluto). Les faltó escepticismo para acercarse ansiosamente a la verdad y plantearse agudamente el problema, sobrábales esa pereza mental propia de los filósofos dogmáticos que, después de fatigar el pensamiento por el abuso de la lógica, alcanzan lo que pudiéramos llamar la beatitud filosófica: el estado de espíritu en que se aceptan como verdades conquistadas aquellas mismas ideas de que se había partido, y que no tenían mayor fundamento que una ingenua creencia. Así se piensa haber refutado el escepticismo, superádole con Kant, por una filosofía crítica. Pero el escepticismo sigue en pie. La Crítica de la razón pura, con su belleza incomparable de poema lógico, es una ingente tantología, en cuya base se encuentra la fe en la ciencia físico-matemática, que Kant había heredado del pensamiento renacentista y del gran siglo barroco.

Porque Kant no escribió una cuarta Crítica—concedemos que hizo bastante con las tres que dejó terminadas—, una Crítica de la Pura Creencia, la distinción entre el saber y el creer, no ha trascendido más allá de la esfera teológica, y se encuentra aproximadamente como en los felices tiempos de Duns Scotus. Todavía no hemos reparado en que la creencia plantea problemas independientes de la religión. Porque se puede creer o no creer en Dios, pero no menos se puede creer o no creer en la realidad del éter, de los átomos, de la acción a distancia, en la idealidad o no idealidad del tiempo y del espacio y hasta, si me apuráis, en la existencia del queso manchego. Tampoco hemos de confundir la creencia con la mera opinión sobre las cosas del hombre ingenuamente realista. Lo

que constituye una creencia verdadera—decía mi maestro—es la casi imposibilidad de creer otra cosa, su hondo arraigo en nuestra conciencia. El credo *quia absurdum est,* atribuído a Tertuliano, contiene una verdad psicológica: la de un estado de espíritu en que la creencia se atreve a desafiar a la razón. No hemos de aceptarlo, sin embargo, como verdadero en el sentido de que sea necesario a la creencia la hostilidad del saber, o de que sólo pueda creerse en lo revelado por Dios contra los dictados de la razón humana; porque lo más frecuente es creer en lo racional, aunque no siempre por razones.

LO QUE HUBIERA DICHO JUAN DE MAIRENA EN 1931

En 1837 se extingue en Italia la amarga y breve vida de Giacomo Leopardi; en el mismo año, y a los veintiocho de su edad, se mata Fígaro en Madrid, y es muerto en Rusia Alejandro Puchkin, que había nacido en 1799. Por tres caminos distintos—la dolencia congénita, el duelo y el suicidio—vino en un mismo año la muerte a llamar a la puerta de tres egregias juventudes. ¿Fueron muertes prematuras las de Larra y Puchkin, por cuanto hubo en ellas de inesperado y accidental?

Prematuras, no, ni siquiera anticipadas y a destiempo, si es cierto que la juventud y la muerte suelen ir emparejadas como hermanas gemelas en los días románticos. Acaso esté bien llamar romántico—como decía mi maestro—a quien alcanza en *plena madurez temprana muerte.* Algo habría que oponer—claro está—a esta definición del romanticismo. Ella nos obligaría a incluir en él, no sólo a Leopardi, que fué, en parte, un clásico madurador de la muerte, sino al propio Tito Lucrecio Caro, tan apartado de la edad romántica. Contiene, sin embargo, alguna verdad; porque hay muchos románticos,

los más, a quienes puede aplicarse el verso de mi maestro. Recordemos, con Puchkin y Larra, a Byron, a Shelley, a Espronceda, a Musset, a Becquer, a tantos otros que dejaron en plena juventud obra madura si no siempre insuperable, tal, al menos, que ellos no la hubieran nunca superado. Y acaso no sería del todo aventurado decir que la longevidad ha malogrado a más románticos que la muerte misma.

Pero volvamos a Larra y a Puchkin. Larra deja una obra breve, pero acabada y perfecta, en su género. Un siglo llevamos imitando sus artículos de costumbres, sin llegar a igualarlos siquiera. No es extraño: para pensar como Larra, sólo Larra, y nadie más que Larra, había venido al mundo. Pero Larra triunfó en nuestras letras por temperamento, como si dijéramos por riñones, como, a veces, se triunfa en España. Su suicidio fué, en cambio, un acto maduro de voluntad y de conciencia. Anécdotas aparte, Larra se mató porque no pudo encontrar la España que buscaba, y cuando hubo perdido toda esperanza de encontrarla. ¿Fué un error? Acaso, aunque perfectamente sincero y maduro. La muerte de Larra me recuerda el suicidio de un personaje de Dostoïewski, que se mata cuando cree haber averiguado que Rusia no sería nunca un gran pueblo. El ruso se equivocaba, sin duda. ¿Se habría suicidado Larra si, en el Madrid de su tiempo, hubiera logrado ver algo del Madrid de nuestros días? Probablemente, no. Pero la obra de Larra estaba acabada allí donde él la dejó, y fué el suicidio su último y definitivo artículo de costumbres. Su misión romántica fué madurar brevemente una obra de muerte, y una gran verdad: «el hombre es la medida de todas las cosas, menos la de los hombres y la de los pueblos».

Es Alejandro Puchkin el más grande poeta de Rusia. Su obra es la piedra fundamental de la literatura eslava. La lírica, el teatro y la novela deben a Puchkin creaciones definitivas. Gogol, Turgenef, Dostoïewski, Tolstoi lo admiraron sin reserva. Los rusos juran por su nombre. El mundo entero proclama a Puchkin inmarcesible gloria de la literatura moderna.

Es cierto que cuando un poeta romántico, como Puchkin, muere en plena juventud por violencia imprevista, pensamos más en lo trágico y fatal que en lo fortuito de su acabamiento, como si su destino no se hubiera logrado sin aquella temprana muerte. Murió Alejandro Puchkin en duelo, a manos de un señorito, hábil—si no recuerdo mal—en el manejo de la pistola. ¿Por culpa, acaso, de una mujer frívola—su propia esposa—no menos insignificante que la amada de Fígaro? Puchkin tuvo la elegancia de morir defendiendo piadosamente el honor de su esposa. ¿Por culpa, tal vez, de una corte abyecta e intrigante que Puchkin despreciaba? Cuando haya eruditos capaces de averiguar algo, lo sabremos.

Alguna vez he pensado que en la muerte de Puchkin hubo también algo de suicidio, aunque por motivos contrarios a los que tuvo Fígaro para matarse. Acaso el Conde Alejandro Puchkin se dejó matar, que es manera indirecta de suicidio, dejó que matasen al cortesano que llevaba consigo desde su nacimiento, aceptó el lance en que éste podía morir, cuando el poeta, el hombre esencial que había sido siempre, encontró plenamente y logró hacer suya el alma maravillosa e inmortal de su pueblo. Como buen ruso era Puchkin hombre complejo, capaz de amarse y aborrecerse al mismo tiempo. Además, ¿qué importaba a Puchkin morir en una encrucijada de la corte, cuando pensaba tener asegurada la inmortalidad en el corazón de su pueblo?

La Rusia actual, que celebra el primer centenario de la muerte de Puchkin, es tan grande como el poeta la había soñado. Y toda ella dice hoy: ¡Nuestro Puchkin! Y con Rusia, lo decimos todos los amantes de la libertad y de la cultura: ¡Nuestro Puchkin!

HABLA MAIRENA EN 1909

Algún día se pondrá de moda el pensar en la muerte, tema que se viene soslayando en filosofía—la filosofía, en verdad, lo ha soslayado casi siempre—y, con una nueva metafísica de la humildad, comenzaréis a comprender por qué los grandes hombres solemos ser modestos.

*

En verdad que el *Memento mori*—añadía Mairena—no suena siempre a tiempo entre los filósofos, merced a lo cual la existencia humana, cuya totalidad no puede ser pensada sin pensar en la muerte, su indefectible acabamiento, se va distanciando con exceso de la filosofía, para convertirse en tema de reflexiones demasiado triviales. Al mismo tiempo, una filosofía que pretende saltarse el gran barranco, o construir a su borde, tiene algo de artificial y pedante, de insincero, de inhumano y, me atreveré a decirlo: de antifilosófico. Por miedo a la muerte, huye el pensamiento metafísico de su punto de mira: el existir humano, lejos del cual toda revelación del ser es imposible. Y surgen las baratas filosofías de la vida, del vivir acéfalo, que son todas ellas filosofías del crimen y de la muerte.

ANTONIO MACHADO.